

Santa de 1945, Josemaría Escrivá, con motivo de un viaje por Andalucía terminó recalando el sábado santo en la ciudad de la Alhambra. El objetivo era adquirir una casa que pudiera servir de residencia para estudiantes universitarios. Según narra José Luis Múzquiz, que lo acompañaba esa tarde, nada más ver la casa no hubo dudas en la elección y no tuvo interés en ver ninguna más. El enclave y el lugar hicieron que propusiera su elección como sede del nuevo centro.

Amador García Bañón, autor de este libro, residió en el Carmen –así se denomina a las casas que contaban con un pequeño huerto o jardín en las zonas altas de la ciudad como es el caso del barrio del Albayzín-, durante los cursos académicos 1957-1959. En sus páginas aprovecha para reunir un buen número de testimonios y vivencias. Como expresamente señala, este texto pretende refrescar la memoria y renovar los recuerdos de una experiencia que el tiempo ha podido dejar en el olvido. No estamos ante un libro de historia, ni el autor ha pretendido en ningún momento ejercer el oficio de historiador buscando archivos, documentos y viejos papeles. Simplemente, y no es poco, su trabajo ha consistido en recopilar un abundante número de testimonios de las personas que vivieron o “pasaron” por el Albayzín.

El Carmen de las Maravillas, como residencia universitaria, tuvo una corta vida: 1945-1959. Pero usando el símil del autor -la película y el reparto-, los actores llenaron de vida aquella casa y dieron lustre con sus actividades universitarias a un barrio caracterizado por sus destartaladas calles y la pobreza de sus habitantes. Los relatos de los protagonistas que habitaron la casa son el hilo conductor de sus páginas. En este elenco tienen cabida los recuerdos de las mujeres que trabajaban, ayudaban o colaboraban en la zona de la administración; o que asistían a la meditación de los sábados por la tarde, que predicaba alguno de los sacerdotes de la residencia. En resumen, este libro muestra de una manera sencilla la repercusión que tuvo en su corta vida la residencia universitaria instalada por el Opus Dei en el Carmen de las Maravillas.

Juan Manuel Matés Barco

Carlos SORIA, *Las casas del Campus de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Eunsa, 2023, 331 pp.

Si la Universidad de Navarra es «una aventura del espíritu», como dijo en alguna ocasión el rector Francisco Ponz (p. 12), *Las casas del campus* no deja de ser un homenaje de justicia y gratitud a los «arquitectos, ingenieros, obreros y especialistas» que levantaron el escenario de la epopeya, y también a quienes la impulsaron y la siguen alimentando con su trabajo y sus desvelos, desde san Josemaría Escrivá de Balaguer, que la puso en marcha, hasta las personas que se ocupan «de su mantenimiento y de la dignidad luminosa de su limpieza».

De la misma manera que una universidad es mucho más que una suma de edificios dispuestos con mayor o menor acierto sobre una generosa extensión de terreno, el libro de Carlos Soria es mucho, muchísimo más, que un documentado catálogo de todas las casas que componen el campus de Pamplona. Es cierto que el volumen incluye la prehistoria y las fuentes de inspiración y los bocetos y los rincones de los principales edificios de la Universidad de Navarra, pero se trata de un relato que también tiene alma, y que tan pronto deja constancia tanto del suspiro de tranquilidad que se le escapó al rector Alfonso Nieto cuando llegó al Edificio Central después del atentado de 1980 como resume las visitas de algunas personas ilustres –el cardenal Joseph Ratzinger en 1998, siete años antes de ser elegido papa– o se detiene en las caricaturas que pintó el profesor Luis Borobio para alegrar la cafetería de la Escuela de Arquitectura.

En ese sentido, el libro ofrece a la vez la historia y la intrahistoria: describe la arquitectura y el espíritu que la anima, ofrece un recorrido por los pasillos, se detiene en las vitrinas y en los retablos, reconstruye algunas tradiciones, visita los colegios mayores y detalla algunas de las tradiciones que los han llenado de vida durante décadas: es un libro habitable, como el edificio-escultura que proyectó Ignacio Vicens para albergar la Facultad de Comunicación. Más aún, es un libro habitado, un volumen que despierta recuerdos y nostalgias, pero que sobre todo alimenta la gratitud.

El esmerado diseño de Erea Comunicación permite asomarse al volumen de forma cómoda y atractiva, y las fotografías –la mayoría de Manuel Castells, cronista visual del campus desde 1983– ilustran y enriquecen las aportaciones de Carlos Soria, siempre bien provistas de datos, detalles, personas, anécdotas y cariño, siempre llenas de vida. Los textos reunidos en estas 332 páginas de formato generoso esconden un cierto componente autobiográfico en la medida en que el autor ha invertido los mejores años de su vida y de su trabajo en formar a varias generaciones de periodistas entre las paredes de estos edificios que ahora describe.

Javier Marrodán